

Visitamos en Purmamarca a Barbarita Cruz, ceramista y coplera

## En las manos, barro y en el alma, pan

Agosto en Purmamarca. Primavera anticipada en este rincón del mundo. Una ronda de cerros vestidos con faldas de colores. Una plaza en la que el sol, trepado a los árboles, brinda a este curioso grupo de estudiantes una bienvenida en verde y oro.

Dos ojos, dos manos y un corazón a cada uno no nos bastan para asir este momento y meterlo en la mochila -donde guardo la anata que acabo de comprarle a un colla- para recordarlo siempre. Pero sé que este momento es irrepetible, que el tiempo se va y no vuelve, como se van las notas musicales que, una vez en la brisa, ya no vuelven a la anata.

Mates, vasijas, ceniceros; ruanas, sombreros, yiscas; quenas, sikus, ocarinas; prendedores, tapices, postales; toda clase de artesanías nos ofrecen los lugareños en los puestos que rodean la plaza. Algunas mujeres no dejan de tejer mientras nos invitan a comprar -un punto y un pregón, otro punto y una oferta. Los que venden instrumentos musicales ensayan melodías. Un colla que lee el Evangelio interrumpe su lectura para responderme el precio de un pulóver de llama. Mientras me lo envuelve -para ello casi le devuelve su primitiva forma de ovillo-, cambiamos billetes y algunas palabras. Le pregunto si conoce a Barbarita Cruz y, como si le hubiese preguntado de qué color es el cielo celeste, me contesta sonriendo:

-Aquí todos conocen a Barbarita...

Su casa está a unos pasos de la plaza, por una callecita que baja muda entre paredes blancas. Dos aldabonazos y la puerta de madera se transforma en una cara grande, redonda y oscura, en la que brilla una sonrisa más blanca que los muros. Antes de que el primero de nosotros cruce el umbral Barbarita comienza a derrochar, generosa, su valioso tesoro de anécdotas, recuerdos y opiniones -sobre su arte, sobre su geografía, sobre la vida, sobre su muerte- que apenas podremos escuchar en su totalidad con nuestros dos únicos oídos, porque Barbarita habla y canta y habla y canta, y seguirá hablando hasta que el último de nosotros cruce el umbral hacia la callecita muda.

La casa tiene noventa y ocho años; ella, no tantos. Los techos son altos y a dos aguas; ella es baja y un poquito panzona. En las habitaciones hay repisas que sostienen su colección de cerámicas, y platos de bronce que nos miran como dorados ojos desde las paredes lisas; ella se ha pintado los labios para recibirnos. Un hogar enmarca el sueño de unos leños apagados; por sus ojos vivaces escapan los destellos del secreto fuego que la anima.

Tras cruzar el amplio patio pintado de sol, entramos a su taller de cerámica, donde por las tardes la artesana sigue realizando con sus ma-

nos la magia de convertir un puñado de barro húmedo en un cántaro que dé de beber. Barbarita aprovecha el ambiente para contarnos que la cerámica propiamente artesanal ha dejado casi de hacerse, porque los nuevos artesanos, movidos por el deseo de ganar dinero más que por impulso creador, prefieren usar moldes y otros adelantos técnicos para producir piezas en serie. También se lamenta de que hoy en día los jóvenes de estas geografías, seducidos quizá por nuevas formas culturales, consideren poco estimable el oficio de ceramista. Igual defensa del folklore de la región hará Barbarita al referirse a su otro oficio: el de coplera; según ella, los chicos aprenden coplas cada vez menos, y la transmisión oral de esa poesía tradicional corre peligro de perderse en pocas generaciones.

En un rincón de su taller, la caja espera callada. Sin que se lo pidamos, Barbarita la toma y se dispone a cantar. El rumor de que la caja va a empezar a sonar corre entre los visitantes, que estamos dispersos en toda la casa, y enseguida la habitación resulta demasiado estrecha para contener a esta veintena de estudiantes más la voz de Barbarita, que aquí dentro podría conmover a las cerámicas hasta la rajadura; así que salimos al patio -los cerros, trepados a los muros, agradecidos.

**Aquí está est' ollera  
sin saber qué va a cantar;  
en las manos tiene barro  
y en el alma tiene pan.**

Cuatro versos le bastan a la voz de Barbarita para adueñarse de los veintitantos silencios que forman un círculo en torno de ella. Curtida por el viento de los años, su voz tiene el color de las cerámicas -y de su rostro-:

**A mí me dicen peruana,  
cubana o boliviana;  
yo soy mujer de estos pueblos,  
soy hija de Pachamama.**

Cuántas veces estas manos que ahora golpean la caja han tomado un trozo de la madre tierra para crear una vasija.

**Pachamama santa tierra,  
esta ofrenda yo te entrego;  
es el calor de tus hijos,  
es el rescoldo del fuego.**

Cuántas veces esta voz que hoy canta coplas en un patio pintado de sol cantó otras veces sollozos.

**Purmamarca, Purmamarca,  
cerro de todos colores;  
testigo de mis tristezas,  
la cuna de mis amores.**

Y otra vez el tiempo, ese pájaro migratorio:

**Los tiempos están cambiando,  
no se quieren componer;  
por donde las aves vuelan,  
cangrejos quieren correr.**

El ayer murió para siempre. Pero siempre, como una recompensa, hay otro sol preparado detrás de los cerros.

**Habrá que dar a cad' uno  
lo que su esfuerzo merece:  
en cuanto llega el alba  
para todos amanece.**

Al fin y al cabo, es un dulce perfume el existir.

**La vida es triste y hermosa,  
tiene perfume de rosas:  
donde se encuentran espinas  
también vuelan mariposas.**

Mariposa invisible, la voz de Barbarita es un imposible para nuestras cámaras fotográficas, que creen poder eternizarlo todo. Desde mi bolsillo, un grabador se jacta de haber atrapado esa voz, pero apenas si ha cazado su sombra, tan leve como la sombra de una mariposa invisible.

**Y esta copla nomás canto,  
después me callo la boca;  
no quiero encender el fuego  
por no 'star sopla que sopla.**

La última palabra queda suspendida en el silencio; entonces irrumpe el aplauso. Pero ésta no sería la última copla que Barbarita nos cantara; porque en sus respuestas a las preguntas que empezamos a hacerle, surgen más coplas, espon-



tánneas como las flores de septiembre. Nuestra compañera norteamericana le pregunta sobre el origen de la copla, y Barbarita

explica que fueron los españoles los que la trajeron a América. El problema de la génesis de este tipo de composición dividió durante mucho tiempo a los estudiosos; mientras algunos postulaban el origen precolombino

de la copla, otros intentaban probar que la copla había nacido en América después de la llegada de los conquistadores. Pero la forma octosilábica es muy rara en el verso incaico y, aunque si aparece en quichua, todos los testimonios conocidos son posteriores a la conquista, lo que hace pensar que se trata de adaptaciones de coplas hispánicas.

Un ejemplo de esa tradicionalidad nos lo brinda Barbarita misma: cuenta que un coplero amigo suyo cantó en España esta coplita:

**Cruzo puentes, cruzo ríos,  
siempre te encuentro lavando,  
la hermosura de tu rostro,  
el agua la va llevando.**

Y un paisano, sorprendido, le dijo que él también la conocía, por haberla aprendido de su abuela. Aunque en este caso, la copla se repetía a ambos lados del océano de manera textual, el proceso de transmisión no se limitó a la mera repetición. Paulatinamente, el coplerío español en América incorporó temas y motivos propios de la nueva geografía, siguiendo el proceso común de creación anónima y popular.

Acerca del estilo de la copla, "es muy simple", dice Barbarita, "pero es nuestra". Naturalidad, esencialidad, visión concreta de la realidad, síntesis, son los rasgos característicos de estos poemas en miniatura. El tiempo en que más se cantan es el Carnaval, y es durante esta fiesta que los chicos aprenden las coplas de boca de los copleros "profesionales". Aunque todos -hombres y mujeres, jóvenes y viejos- cantan coplas, los copleros de oficio, como Barbarita, son los que más se lucen, poniendo a prueba su ingenio y su memoria en largas copladas que tienen por premio el aplauso del público. A veces se convierten

en verdaderos combates verbales, como lo atestigua esta copla con que Barbarita, según nos cuenta, puso en su lugar a un jactancioso contendiente:

**¿De ande será este mocito,  
tan petiso y barrigón?  
Por su modito e cantar  
parece sólo ladrón.**

Del tema del Carnaval Barbarita pasa a hablar de ciertas creencias de los lugareños, según las cuales los desórdenes de tipo moral que se producen los martes de ceniza, cuando toda transgresión es permitida, se deben a que ese día "el diablo anda suelto". "Por eso nos prohibían a los chicos -cuenta- subir a jugar a esos cerros rojos, porque ahí vivía el diablo." Como si el susto le durase hasta hoy, Barbarita abre grandes los ojos y confiesa haber visto ella misma, cuando era chica, un diablo que venía bajando del cerro: "Era de color rojo -recuerda- y tenía una llamita en la cola y otra en cada cuerno. Pero esas son cosas que nos hace ver el miedo", explica; sin embargo, esto ya no lo dice la niña que vio al diablo, sino la mujer que, desde sus muchos años, mira a la niña.

De las coplas que ella nos cantó, algunas son tradicionales, otras, de su autoría. Sobre los motivos de inspiración, nos cuenta que todas las situaciones de la vida le inspiran coplas, por ejemplo la idea de su propia muerte -valga la paradoja-:

**El día que yo me muera  
no me recen la novena;  
tomen chicha, canten coplas  
y tápenmén con arena.**

Así, de tema en tema, de recuerdo en copla, transcurrió la hora que duró nuestra visita. Si antes de irnos le pedí una foto con ella junto al hogar, no fue para luego sumarla como una curiosidad más a mi álbum de viaje, sino para acordarme, ahora que escribo estas líneas, de su cara de abuela buena.

En las callecitas blancas, el silencio del mediodía preludia la siesta. Bulliciosos y hambrientos, la veintena de estudiantes subimos al micro, y enseguida Purmamarca se va achicando a través de las ventanillas. En la mochila llevo la anata, y en el grabador, cautiva, la sombra de una mariposa.

**Alejandro Tloupakis**  
3er. Año - Letras.

